

# Luteranismo en 10 frases

Una guía sencilla para vivir la fe hoy





Luteranismo en 10 frases

Una guía sencilla para vivir la fe hoy

Gabriel Ñanco

Iglesia Evangélica Luterana San Marcos

Puerto Rico · 2026

Este texto puede compartirse libremente, siempre que se cite la fuente y no se altere su contenido.

[ielsanmarcos.org](http://ielsanmarcos.org)

# Prólogo

Este texto nació en una comunidad, en el marco de una práctica pastoral vivida y compartida. No surge de una reflexión aislada, sino de la vida cotidiana de la iglesia: de conversaciones, de celebraciones, de acompañamientos pastorales, de preguntas que se repiten y de otras que surgen espontáneamente.

Las afirmaciones que aquí se presentan no buscan definir qué significa “ser luterano” como si se tratara de una identidad cerrada. Tampoco pretenden convencer ni establecer límites. Son intentos de decir, de manera sencilla, cómo una tradición antigua puede seguir siendo un espacio vivo cuando se piensa y se practica en diálogo con la vida.

Por eso, este texto no ofrece respuestas rígidas, sino afirmaciones abiertas, pensadas como invitaciones a la reflexión personal y al diálogo compartido, en el marco de un discernimiento comunitario que se construye en el tiempo.

En este camino, el lenguaje no es un detalle menor. Las palabras que usamos también construyen mundo y comunidad. Por eso, este texto busca un lenguaje lo más inclusivo posible, sin perder claridad ni fluidez, consciente de que toda palabra sobre Dios toca vidas diversas y concretas.

Cada capítulo puede leerse de manera independiente. No hay un orden obligatorio ni una progresión necesaria. El lector o la lectora puede detenerse, volver atrás, releer o simplemente dejar que una frase o una pregunta陪伴 su propio camino.

Si este texto logra abrir una conversación honesta o acompañar un proceso de fe vivido en comunidad, entonces habrá cumplido su propósito.



# Introducción

*¿Por qué hablar de luteranismo hoy?*

Muchas personas se acercan hoy a una iglesia luterana con más preguntas que certezas. Algunas lo hacen después de experiencias religiosas que prometieron demasiado y acompañaron poco. Otras llegan desde la curiosidad, el cansancio, la búsqueda espiritual o incluso la desconfianza. En un mundo atravesado por la fragmentación, la incertidumbre y el desgaste de los vínculos, no siempre se busca una doctrina clara, sino una fe que pueda vivirse sin violencia, sin miedo y sin negación de la realidad.

El luteranismo no nació como un sistema cerrado de ideas ni como una identidad religiosa pensada para diferenciarse de otras. Nació como un movimiento de renovación, impulsado por una pregunta profundamente humana y espiritual: **¿cómo puede una persona vivir en paz con Dios?** Esa pregunta, formulada hace más de quinientos años, sigue siendo sorprendentemente actual. Cambiaron los contextos, las lenguas y los conflictos, pero no desapareció la necesidad de una fe que libere en lugar de oprimir.

Con el tiempo, el luteranismo dio lugar a confesiones de fe, catecismos y textos teológicos que hoy forman parte de su herencia. Son documentos valiosos y profundos, pero nacieron en contextos históricos, culturales y lingüísticos muy distintos a los nuestros. Este libro no pretende reemplazarlos ni resumirlos, sino dialogar con ellos desde el presente, traduciendo su espíritu a un lenguaje capaz de hacerse cargo de la complejidad de la vida actual.

Lo que aquí se propone no es un manual ni un sistema de respuestas cerradas. Es una manera de narrar y pensar la fe cristiana desde la gracia, entendida no como evasión, sino como su fundamento. Desde esa convicción brotan otras intuiciones centrales: que nadie cree en soledad, que la fe se vive en comunidad, que toca la vida entera y que no puede desentenderse del mundo que compartimos ni del sufrimiento que lo atraviesa.

A lo largo de estas páginas, la fe aparece como una experiencia profundamente encarnada. Es celebrada en comunidad, sostenida por la Palabra y los sacramentos, vivida en medio de tensiones reales, y expresada muchas veces no en certezas, sino en gestos de cuidado,

ternura y responsabilidad. Confesar la fe no significa cerrar preguntas, sino atreverse a seguir haciéndolas en compañía de otros y otras.

Si estás leyendo esto por curiosidad, por búsqueda espiritual, por afinidad o incluso por escepticismo, esta invitación es para ti. Aquí no encontrarás fórmulas mágicas ni respuestas prefabricadas, sino una manera de pensar y vivir la fe desde la gracia, de dialogar con honestidad y de descubrir —tal vez— un lenguaje de fe que pueda hacer eco en tu propia historia.

# Índice

Prólogo

Introducción

BLOQUE I - FUNDAMENTOS

Capítulo 1 ..... 1

    Todo empieza en la gracia

Capítulo 2 ..... 4

    Somos llamados por la Palabra

Capítulo 3 ..... 8

    Nadie cree en soledad

BLOQUE II – LA VIDA ENCARNADA DE LA FE

Capítulo 4 ..... 11

    La fe se vive en el mundo

Capítulo 5 ..... 15

    Una iglesia que no es perfecta

BLOQUE III – LOS SIGNOS Y LA CELEBRACIÓN DE LA FE

Capítulo 6 ..... 18

    Dios llega hasta nosotros

Capítulo 7 ..... 21

    Celebramos la fe

BLOQUE IV – TENSIONES Y DISCERNIMIENTO

Capítulo 8 ..... 24

    Vivimos en tensión

Capítulo 9 .....	27
Sostenidos por la ternura	
BLOQUE V - HORIZONTE	
Capítulo 10.....	30
Confiamos nuestra vida a Dios	
Epílogo .....	32
<i>Creer hoy en este mundo</i>	

## Capítulo 1

# Todo empieza en la gracia

### *La justificación por la fe*

Cuando hablamos de luteranismo, hay una convicción que está en el centro de todo: Dios se relaciona con nosotros desde la gracia, no desde la exigencia. No se trata de lo que nosotros podemos hacer para ganar el amor de Dios, sino de lo que Dios ya ha hecho por nosotros. Esta afirmación no es un detalle más dentro de la fe cristiana; es el punto de partida desde el cual todo lo demás se ordena. Decir que todo empieza en la gracia es afirmar que nuestra vida está sostenida por Dios antes de cualquier decisión, logro o fracaso, y que esa promesa precede a todo intento de justificarnos a nosotros mismos.

### *La gracia como punto de partida*

Hablar de justificación no significa hablar en teoría, ni de algo complicado o reservado para unos pocos. Significa poner en palabras una experiencia profundamente humana: la necesidad de ser aceptados y amados sin condiciones. Muchas personas viven cargando la sensación de no ser lo suficientemente buenas, de tener que demostrar constantemente su valor —ante los demás, ante nosotros mismos o incluso ante Dios. Frente a esa lógica, la fe luterana anuncia una buena noticia: Dios no espera que nos justifiquemos; Dios nos justifica.

La justificación por la fe afirma que nuestra relación con Dios no se basa en lo que hacemos, en lo que logramos o en lo que dejamos de hacer. No depende de nuestra perfección moral ni de nuestra coherencia religiosa. Es un regalo. Un don inmerecido. A eso le llamamos gracia: que Dios sale a nuestro encuentro tal como somos, no como “deberíamos ser”, y sostiene nuestra vida desde un amor que no depende de nosotros. La fe, entonces, no es un esfuerzo heroico ni una obra que realizamos para alcanzar a Dios, sino confianza en esa promesa que nos precede y nos sostiene.

Desde esta perspectiva, la fe no es una competencia espiritual ni una demostración de méritos. Es descanso. Es dejar a un lado la necesidad de probarnos a nosotros mismos que valemos, que somos suficientemente buenos o que merecemos ser aceptados. Esa obsesión por justificarnos —por exhibir constantemente nuestro valor ante los demás, ante nosotros mismos o incluso ante Dios— termina por dejarnos agotados y encerrados en el temor. La promesa de la gracia es otra: que nuestra vida está sostenida por Dios, no por nuestros méritos ni por nuestra capacidad de cumplir con lo que se espera de nosotros.

### *La gracia no nos deja indiferentes*

Ahora bien, esta libertad no conduce a la indiferencia ni a la pasividad. La gracia no anula la responsabilidad; la transforma. Cuando una persona se sabe aceptada por Dios, ya no necesita hacer el bien para “ganarse” algo, sino que puede hacerlo como respuesta agradecida. En la tradición luterana, esta tensión se expresa con una afirmación tan realista como honesta: somos personas sostenidas por la gracia y, al mismo tiempo, personas frágiles, en proceso de ser transformadas por esa gracia. La vida cristiana no es la garantía de la eliminación del conflicto existencial, sino el aprendizaje de vivir sostenidos por la gracia en medio de él.

Esta experiencia ha sido nombrada por la tradición luterana con una expresión sencilla y profunda: *simul iustus et peccator*, justos y pecadores al mismo tiempo. Esto no describe una contradicción, sino una experiencia humana concreta. Somos personas acogidas plenamente por la gracia de Dios y, al mismo tiempo, atravesadas por límites, ambigüedades y fragilidades reales. Vivir por la fe no significa dejar de luchar con nuestras sombras, sino aprender a hacerlo sin miedo, sin autoengaño y sin desesperación, confiando en una gracia que no se retira cuando la vida se vuelve compleja.

Por eso, la justificación no separa fe y vida. Al contrario, reubica la vida entera. El trabajo, las relaciones, las decisiones éticas y el compromiso con otras personas y con el mundo dejan de ser escenarios donde probamos nuestro valor y pasan a ser espacios donde la gracia recibida se encarna. La fe no nos saca del mundo; nos devuelve a él con mayor libertad y con una responsabilidad nueva: vivir atentos al bien del prójimo y al cuidado de la vida compartida.

## *La gracia como forma de vivir*

Este énfasis en la gracia también protege a la fe de dos peligros frecuentes. Por un lado, el peligro del *moralismo*, que confunde la santidad con el cumplimiento de normas y reduce la vida cristiana a medir comportamientos. Por otro, el peligro de la *evasión* del mundo, que usa la gracia como excusa para el silencio, la indiferencia o la pasividad frente al sufrimiento ajeno. No se trata de dos tentaciones opuestas y excluyentes: muchas veces conviven en las mismas personas y comunidades, generando una fe exigente hacia dentro y desconectada de la vida real. La gracia, tal como la entiende el luteranismo, no anestesia la conciencia ni endurece el corazón; lo despierta.

En definitiva, la justificación por la fe es una manera concreta de decir que Dios se compromete con la vida humana tal como es. No es una idea que se domina ni una fórmula que se repite, sino una palabra que acontece y libera. Cuando esa palabra es escuchada y acogida, la vida puede comenzar —una y otra vez— desde un lugar distinto: no desde el miedo ni desde la exigencia, sino desde la confianza en que nuestra vida está sostenida por Dios y orientada al cuidado del prójimo y del mundo que compartimos.

### Preguntas para conversar

1. ¿He sentido en algún momento de mi vida que tenía que demostrar mi valor o “ganarme” el amor de Dios?
2. ¿Qué cambia cuando pienso mi relación con Dios desde la gracia y no desde la exigencia?
3. ¿De qué maneras la experiencia de ser aceptado o aceptada por Dios puede transformar mi autopercepción y mis relaciones con otras personas?
4. ¿Cómo se vive la vida y nuestros compromisos cuando ya no están motivados por el miedo, sino por la gratitud?

## Capítulo 2

# Somos llamados por la Palabra

En la tradición luterana afirmamos que Dios nos llama por medio de la Palabra. Ese llamado no ocurre en el vacío ni se reduce a una lectura privada de la Biblia, sino que se da en el encuentro entre el texto, la comunidad y la vida concreta de las personas. Por eso, acercarse a la Biblia implica siempre un ejercicio de discernimiento. Existe el riesgo de leer la Biblia de forma literal, como si fuera un manual cerrado que ofrece respuestas automáticas para todo, sin atender a los contextos ni a la complejidad de la experiencia humana. Pero existe también el riesgo opuesto: relativizarla hasta el punto de que ya no interpela, no incomoda y no dice nada nuevo. Entre ambos extremos, la fe luterana busca escuchar la Palabra como un llamado vivo, capaz de orientar, confrontar y abrir caminos de vida en medio de nuestra realidad.

### *Cristo como criterio de lectura*

Para la fe luterana, la Palabra de Dios no es solo un conjunto de textos, sino una realidad viva que se hace presente de manera decisiva en Jesucristo. Él es la Palabra encarnada, el criterio desde el cual leemos la Biblia y discernimos su sentido. Por esa razón, la Biblia no se interpreta de manera aislada ni literalista, ni desde intereses particulares, sino desde el centro donde la Escritura misma da testimonio: Cristo, que revela el corazón de Dios y su compromiso con la vida humana.

La Palabra de Dios no se reduce a letras impresas ni a un mensaje del pasado. La Palabra acontece cuando el texto bíblico es escuchado, interpretado y recibido en situaciones concretas de la vida. Se hace presente allí donde ilumina preguntas reales, confronta injusticias, consuela en medio del dolor y abre posibilidades nuevas. De ese modo, la Biblia no solo informa, sino que transforma; no se queda en el papel, sino que se encarna en la historia y en las personas que la escuchan.

Escuchar la Palabra de Dios no produce siempre el mismo efecto. A veces confronta, nos desubica y pone en evidencia aquello que daña la vida propia y la de los demás. Otras veces nos consuela, libera y devuelve la esperanza cuando el peso de la culpa, el miedo o el fracaso parece demasiado grande. La tradición luterana ha sido especialmente sensible a esta doble función de la Palabra, porque reconoce que la vida humana necesita ser tanto interpelada como sostenida. Confundir estos dos movimientos —exigir cuando hace falta consolar, o consolar cuando hace falta confrontar— puede herir profundamente la fe.

### *Discernir entre ley y evangelio*

En la tradición luterana, esta manera diversa en que la Palabra actúa se ha expresado con una distinción clave: *ley y evangelio*. No se trata de dos palabras distintas ni de dos partes de la Biblia, sino de dos modos en que Dios se dirige a las personas. La ley nombra aquello que desordena la vida, desenmascara falsas seguridades y nos confronta con la verdad de nuestra condición. El evangelio, en cambio, anuncia la gracia de Dios, libera de la culpa y abre un horizonte nuevo allí donde parecía no haber salida. Discernir entre ley y evangelio no es un ejercicio académico, sino una tarea profundamente pastoral, porque de ese discernimiento depende si la Palabra hiere o sana, opriime o libera.

### *Una tarea pastoral y comunitaria*

Por eso, en la vida de la iglesia, discernir entre ley y evangelio no es una cuestión menor ni un ejercicio reservado para unos pocos. Tiene que ver con cómo nos hablamos unos a otros, con nuestra predicación, con el acompañamiento pastoral y con la manera en que la comunidad responde al dolor, al conflicto y al fracaso. Cuando ley y el evangelio se confunden, la Palabra puede convertirse en carga; cuando se discriernen con cuidado, puede convertirse en fuente de vida. De ahí la importancia de escuchar no solo lo que se dice, sino también a quién, en qué momento y desde qué situación vital.

Discernir la Palabra no es una tarea que se resuelva de una vez y para siempre. No existen fórmulas infalibles ni lecturas definitivas que nos eximan de volver a escuchar. La vida cambia, las circunstancias se transforman y las preguntas se profundizan. En ese contexto, la fe luterana desconfía tanto de las interpretaciones rígidas que se cierran sobre sí mismas

como de aquellas lecturas que se adaptan sin resistencia a cualquier viento cultural. Escuchar la Palabra exige humildad, atención y disposición a dejarnos corregir, una y otra vez.

#### *La Palabra que orienta la vida*

Cuando la Palabra es escuchada y discernida de este modo, no deja a las personas indiferentes. No se limita a ofrecer consuelo interior ni a resolver preguntas religiosas, sino que orienta la manera en que vivimos, nos relacionamos y tomamos decisiones. La Palabra de Dios despierta responsabilidad, sensibilidad frente al dolor ajeno y compromiso con la justicia y el cuidado de la vida. No impone un código moral cerrado, pero tampoco deja la existencia a la deriva: abre un camino que se recorre en libertad, atención y responsabilidad.

Sin embargo, escuchar la Palabra nunca ocurre en abstracto ni fuera de contexto. La Biblia nace en medio de historias concretas, conflictos reales y preguntas humanas muy precisas. Por eso, la fe luterana presta atención a los contextos en los que los textos fueron escritos y a los contextos en los que hoy son leídos. Ignorar cualquiera de estos dos niveles empobrece la escucha: o se idealiza el pasado sin diálogo con el presente, o se diluye el texto hasta perder su fuerza provocadora. Escuchar la Palabra exige, entonces, tomar en serio tanto la historia como la realidad que vivimos.

#### *La comunidad como lugar de escucha*

Por todo esto, en la tradición luterana, la escucha de la Palabra es siempre una experiencia comunitaria. No se trata solo de lo que cada persona entiende por sí misma, sino de un proceso compartido en el que la iglesia escucha, discierne y responde junta. La comunidad se convierte así en un espacio de cuidado mutuo, donde las interpretaciones se contrastan, se corrigen y se enriquecen, y donde nadie queda solo frente al texto ni frente a las preguntas que este despierta. Escuchar la Palabra en comunidad es reconocer que la fe se vive mejor en compañía de otros y otras.

#### *Una Palabra que no está cerrada*

Desde esta perspectiva, la Biblia no se recibe como un texto cerrado que ya lo ha dicho todo, sino como una Palabra que sigue hablándonos en medio de la historia. Escucharla no significa

repetir respuestas del pasado, sino dejarnos interpelar hoy por lo que el Espíritu sigue diciendo a la iglesia. Esta manera de acercarse a las Escrituras no debilita la fe; la hace más responsable, más humilde y más atenta a la vida. La Palabra de Dios no se agota en una lectura definitiva, porque su propósito no es ofrecernos seguridad absoluta, sino acompañarnos en el camino del discernimiento y la fidelidad al Dios de la vida.

#### Preguntas para conversar

1. ¿Qué lugar ha tenido la Biblia en mi historia personal de fe?
2. ¿Qué diferencia noto entre leer la Biblia como un texto sagrado y escucharla como Palabra que me interpela?
3. ¿Dónde he experimentado la Biblia como ley, y dónde como evangelio?
4. ¿Cómo cambia la lectura bíblica cuando Cristo se convierte en el centro y la brújula de la interpretación?

## Capítulo 3

# Nadie cree en soledad

### *La fe cristiana como experiencia comunitaria*

En la tradición luterana, la fe nunca ha sido entendida como una experiencia que se vive en aislamiento. Creer no es un acto solitario ni un logro personal que cada cual construye por su cuenta. La fe nace, se sostiene y se renueva en el encuentro con otros y otras, en palabras compartidas, gestos concretos y vínculos reales. Incluso cuando la fe personal se debilita, duda o parece apagarse, no desaparece del todo: queda sostenida por la comunidad que sigue creyendo, orando y esperando junto a quienes atraviesan momentos de fragilidad.

Por eso, la fe luterana cuestiona con firmeza la idea de que la salvación sea un asunto meramente individual. La salvación es profundamente personal, pero nunca se da en el vacío ni al margen de los vínculos. No somos salvados como islas, desconectados unos de otros, sino como personas situadas en relaciones concretas, en historias compartidas, en comunidades reales. Aunque la iglesia no media la salvación ni se interpone entre Dios y las personas, la comunidad de fe es un espacio imprescindible para el crecimiento espiritual, para el cuidado mutuo y para una fe que pueda desarrollarse de manera sana y encarnada.

La tradición luterana reconoce con realismo que la fe no siempre se vive con la misma intensidad. Hay momentos de confianza y claridad, pero también etapas de duda, cansancio o silencio interior. En esos momentos, la comunidad cumple una función fundamental: creer por quienes no pueden creer, orar por quienes no encuentran palabras y sostener la esperanza cuando parece agotarse. La fe compartida no anula la experiencia personal, sino que la resguarda, recordándonos que incluso en la fragilidad seguimos siendo parte de una historia mayor que no depende solo de nuestras fuerzas.

Hablar de la comunidad como lugar de fe no significa idealizar a la iglesia ni negar sus límites. La iglesia está formada por personas reales, con historias complejas, conflictos, errores y contradicciones. A lo largo del tiempo, muchas personas han sido heridas en espacios eclesiales por prácticas abusivas, discursos excluyentes o espiritualidades que no supieron

cuidar la vida. Reconocer esta realidad no debilita la fe ni traiciona el evangelio; al contrario, es una condición necesaria para una comunidad que quiera ser honesta, responsable y sanadora.

Precisamente por esa fragilidad, la comunidad de fe está llamada a ser un espacio de cuidado y responsabilidad. No una comunidad perfecta, sino una comunidad atenta a los límites, a la escucha y al respeto por la dignidad de cada persona. Creer en comunidad implica aprender a relacionarnos de manera más humana, a reconocer errores, a pedir perdón cuando es necesario y a construir vínculos que no controlen ni dañen. La fe compartida se fortalece allí donde hay palabras que cuidan, silencios que respetan y prácticas que buscan sanar.

Cuidar la vida comunitaria implica también estar atentos a formas sutiles de daño que pueden pasar desapercibidas. El paternalismo, que infantiliza a las personas y decide por ellas “por su propio bien”, y el sectarismo, que cierra la comunidad sobre sí misma y excluye lo diferente, terminan erosionando los vínculos y debilitando la fe. El primero suele expresarse en decisiones tomadas sin escucha real, en liderazgos que protegen en exceso y desconfían de la capacidad de las personas para discernir. El segundo aparece cuando el miedo a la diferencia se disfraza de fidelidad y la pertenencia se vuelve condición para el reconocimiento.

Ambas actitudes, aunque a veces se presenten como expresiones de cuidado o fidelidad, niegan la responsabilidad adulta de las personas creyentes y empobrecen el discernimiento comunitario. Una comunidad sana no controla ni aísla: acompaña, escucha y confía.

La fe compartida se encarna también en vínculos cotidianos: amistades que se cultivan, historias que se entrelazan y vidas que aprenden a caminar juntas. En la comunidad de fe, la espiritualidad no se vive al margen de la vida real, sino atravesándola. Es allí donde se celebran alegrías, se acompañan duelos, se comparten preguntas y se sostiene la esperanza en los momentos difíciles. En esos vínculos concretos, muchas personas descubren que el misterio de Dios no está lejos, sino presente en el cuidado mutuo, en la palabra oportuna y en relaciones que proveen seguridad y protegen la vida.

En un mundo que insiste en la autosuficiencia y en la fe entendida como asunto privado, creer en comunidad se vuelve un gesto contracultural. La fe compartida cuestiona la idea de que cada persona debe arreglárselas sola, también en lo espiritual. Frente al aislamiento, la comunidad ofrece presencia; frente a la exigencia de fortaleza permanente, ofrece acompañamiento; frente al cansancio, ofrece descanso. Creer en comunidad no es una renuncia a la responsabilidad personal, sino una manera más humana y más honesta de vivir la fe.

Decir que nadie cree en soledad no es una consigna optimista ni una idealización de la iglesia. Es una afirmación profundamente realista sobre la condición humana y sobre la manera en que la fe se sostiene en el tiempo. Creemos porque alguien nos habló, nos escuchó, nos acompañó y, muchas veces, creyó por nosotros cuando no pudimos hacerlo. La fe que hoy vivimos no nace de la nada: nos ha sido cuidada, sostenida y transmitida en vínculos concretos. La fe cristiana no se vive aislada, sino que está tejida con la vida de otras personas. Y es precisamente en esa trama frágil y compartida donde la fe encuentra un lugar para sanar, volver a empezar y crecer.

#### Preguntas para conversar

1. ¿En qué momentos la iglesia fue para mí un espacio de cuidado y acompañamiento, y en cuáles no lo fue?
2. ¿Qué significa, en la práctica, que todas las personas creyentes participen del discernimiento y de la responsabilidad comunitaria?
3. ¿Cómo podemos cuidar la diversidad y la comunión sin caer en dinámicas paternalistas o sectarias?
4. ¿Qué puedo aportar a la comunidad de fe para que la convivencia y la fe compartida sean más sanas, más humanas y más responsables?

## Capítulo 4

# La fe se vive en el mundo

### *Una fe con los pies en la historia*

La fe cristiana no se vive al margen del mundo. Tampoco existe para legitimar el orden existente ni para ofrecer refugios espirituales que ignoren el sufrimiento real de las personas. En la tradición luterana, la iglesia está llamada a vivir en medio del mundo, con los pies en la historia: sin confundirse con los poderes que la gobiernan y sin retirarse de las tensiones que la atraviesan.

La fe vivida en el mundo no se juega solo en las convicciones personales ni en las tensiones internas de las creencias, sino también —y de manera decisiva— en la responsabilidad de la iglesia frente a las lógicas que afectan y condicionan la vida humana.

### *Jesús y el carácter no neutral de la fe*

Jesús, a quien confesamos como Palabra viva de Dios, no fue neutral frente a la realidad de su tiempo. Su manera de anunciar el reino de Dios puso en cuestión estructuras religiosas, sociales y políticas que producían exclusión, miedo y opresión. Por eso, confesar a Jesús no es solo una afirmación de fe personal, sino también una toma de posición frente a todo aquello que niega la dignidad humana y el cuidado de la vida.

Desde esta perspectiva, la iglesia no existe para bendecir el sistema-mundo tal como está, sino para discernirlo críticamente a la luz del evangelio. Esto no significa que la iglesia tenga respuestas técnicas para todos los problemas ni que deba convertirse en un actor de poder. Significa, más bien, que está llamada a ejercer una función de conciencia: nombrar las injusticias, acompañar a quienes sufren y resistir toda forma de deshumanización, incluso —y especialmente— cuando eso resulta incómodo.

### *Iglesia como espacio de resistencia*

Frente a la lógica imperante de nuestro tiempo —marcada por la competencia, el descarte, la mercantilización de la vida y la normalización de la desigualdad— las iglesias están llamadas a ser espacios de resistencia. No una resistencia violenta ni ideológica, sino una resistencia profundamente evangélica, encarnada en prácticas concretas de cuidado, solidaridad y dignidad. Resistir, en este sentido, no es oponerse a todo ni vivir en permanente confrontación, sino negarse a aceptar como inevitables aquellas lógicas que deshumanizan.

Ser espacios de resistencia implica crear comunidades donde el valor de las personas no dependa de su productividad, donde el éxito no sea la medida de la vida. Comunidades donde la fragilidad no sea motivo de exclusión y donde el otro no sea visto como amenaza, sino como prójimo. Cuando la iglesia vive desde la gracia, se convierte en un lugar donde se resiste al miedo, a la culpa y al individualismo que atraviesan nuestra cultura.

Esta resistencia no se ejerce desde la superioridad moral ni desde la nostalgia de un pasado idealizado. Se ejerce desde abajo, desde comunidades concretas que, con todas sus limitaciones, buscan encarnar otra manera de vivir. Resistir es sostener vínculos en un mundo que fragmenta; es cuidar la palabra en un tiempo de manipulación; es practicar la hospitalidad en contextos de exclusión; es apostar por la ternura cuando el cinismo parece el camino más fácil.

### *Fe, poder y discernimiento*

La tradición luterana ha sido muy consciente de los riesgos que implica confundir la fe con el poder. Cuando la iglesia se identifica demasiado con una ideología, un gobierno o un proyecto político, corre el peligro de perder su libertad profética. Pero también existe un riesgo inverso: usar la gracia como excusa para el silencio, la indiferencia o la pasividad frente al dolor ajeno. Ni el alineamiento ciego a una ideología ni una espiritualidad que huye del sufrimiento son fieles al evangelio.

Hubo momentos, en la historia de la tradición luterana, en que ciertas maneras de separar lo espiritual de lo político o lo histórico —aunque nacieron con la intención de proteger la fe frente a la instrumentalización del poder— terminaron siendo usadas para justificar prácticas éticamente difíciles de sostener. En esos contextos, faltó discernimiento frente a la violencia

ejercida en nombre del orden, la seguridad o la gobernabilidad. Por eso, ninguna manera de vivir o expresar la fe puede convertirse en refugio frente al sufrimiento humano ni en coartada para el silencio.

La gracia que libera no anestesia la conciencia; la despierta. Quien se sabe sostenido por la gracia puede mirar la realidad sin negarla, sin idealizarla y sin resignarse. Desde la justificación por la fe brota una ética del cuidado, de la responsabilidad y de la solidaridad. No actuamos para “salvar el mundo” ni para sentirnos moralmente superiores, sino porque la vida de la otra persona nos importa y porque creemos que Dios sigue comprometido con el bienestar de este mundo.

Cuando la fe se vuelve un instrumento para legitimar discursos de exclusión, justificar violencias o bendecir proyectos de poder, deja de anunciar el evangelio y comienza a servir a otros señores. Reconocer este riesgo no nos coloca automáticamente del lado correcto de la historia, pero sí nos recuerda que la fe cristiana no puede renunciar a su libertad crítica ni a su responsabilidad frente al mundo.

Esta mirada crítica no se ejerce desde afuera ni desde la condena. La iglesia no se coloca por encima del mundo, como si estuviera libre de contradicciones. También ella forma parte del sistema-mundo que necesita ser examinado y transformado. En ese sentido, la crítica cristiana comienza siempre por la autocritica, por la revisión honesta de nuestras prácticas, silencios y complicidades.

Vivir la fe en este horizonte implica aceptar tensiones. No hay soluciones simples ni caminos sin ambigüedad. La iglesia discierne en medio de conflictos reales: pobreza y riqueza, violencia y cuidado, exclusión y hospitalidad, verdad y manipulación. En ese contexto, la fe no ofrece atajos, pero sí una orientación clara: buscar siempre aquello que conduce a la vida, especialmente la vida de quienes son más vulnerables.

Dicho de otro modo, una iglesia fiel al evangelio no es una iglesia acomodada ni una iglesia en guerra permanente con el mundo. Es una iglesia atenta, capaz de discernir los signos de los tiempos, de escuchar el clamor de la vida herida y de actuar con humildad, valentía y esperanza. No porque tenga todas las respuestas, sino porque confía en un Dios que sigue obrando en medio de la historia.

Preguntas para conversar

1. ¿Qué lógicas del mundo actual siento que deshumanizan la vida?
2. ¿De qué manera una iglesia puede convertirse en un espacio de resistencia evangélica?
3. ¿Qué riesgos ves en una iglesia demasiado cercana al poder? ¿Y en una iglesia que se desentiende de la realidad social?
4. ¿Qué prácticas concretas podrían ayudarnos a vivir como comunidades de resistencia, cuidado y esperanza?

## Capítulo 5

# Una iglesia que no es perfecta

### *Inclusión y cuidado de la vida en común*

Hablar de gracia en abstracto es relativamente sencillo; vivirla en comunidad, con personas reales, historias complejas y heridas abiertas, es mucho más desafiante. Por eso, una de las preguntas más urgentes para la iglesia hoy no es solamente qué creemos, sino cómo encarnamos esa fe en comunidades concretas. ¿Quiénes encuentran lugar entre nosotros? ¿Quiénes se sienten seguros, escuchados y afirmados? ¿Y quiénes, aun sin palabras explícitas de rechazo, perciben que no hay espacio para su vida tal como es?

La tradición luterana ha afirmado que Dios se relaciona con las personas desde la gracia y no desde la exigencia. Si esa convicción es verdadera —y creemos que lo es— entonces no puede quedarse solo en el plano de las ideas teológicas. La gracia debe hacerse visible en la manera en que las comunidades reciben, acompañan y cuidan a las personas. Allí donde la gracia no se traduce en prácticas concretas de inclusión y cuidado, nuestro modo de hablar de ella corre el riesgo de vaciarse de sentido.

Hablar de comunidades inclusivas no significa negar que existan tensiones. Inclusión no es solo permitir la presencia de personas cuyas identidades, cuerpos o historias han sido cuestionadas o rechazadas. La iglesia no es un espacio ajeno a los conflictos culturales, sociales y personales de nuestro tiempo. Las preguntas en torno al género, la sexualidad, los cuerpos, la raza, el poder, la historia de exclusiones y los privilegios heredados atraviesan también a nuestras comunidades, así como las secuelas de la violencia y de la guerra que muchas personas cargan en su cuerpo y en su memoria. Pretender que estas realidades no existen o que se resuelven simplemente con declaraciones oficiales no es realista ni pastoralmente responsable.

Inclusión no es sinónimo de uniformidad ni de ausencia de conflicto. Una comunidad verdaderamente inclusiva no es aquella donde todos piensan igual, sino aquella donde las diferencias no se traducen en violencia, silenciamiento o exclusión.

Por otra parte, crear comunidades afirmativas implica aprender a convivir con preguntas abiertas, con procesos distintos y con ritmos diversos. Implica, sobre todo, decidir que nadie vale menos ni tiene que demostrar su dignidad para pertenecer.

Muchas personas llegan a la iglesia cargando experiencias de rechazo, culpa o abuso religioso. Personas a quienes se les dijo —explícita o implícitamente— que su identidad, su cuerpo o su historia no tenían lugar en la comunidad de fe. Frente a esas heridas, la iglesia no está llamada a defenderse ni a justificarse, sino a escuchar, reconocer el daño cuando ha ocurrido y comprometerse, de manera concreta, con prácticas distintas. La gracia no borra la memoria del dolor, pero puede abrir caminos de sanidad.

En este sentido, una comunidad afirmativa no es aquella que “tolera” a las personas, sino aquella que las reconoce como portadoras de dones, de palabra y de responsabilidad. El luteranismo, con su énfasis en el sacerdocio universal, ofrece aquí una clave fundamental: todas las personas bautizadas participan plenamente de la vida de la iglesia. No como invitadas permanentes ni como excepciones aceptadas, sino como miembros con voz, con responsabilidad y con vocación.

Crear comunidades inclusivas también exige revisar estructuras, lenguajes y prácticas. No basta con la buena voluntad individual ni con gestos aislados. Es necesario preguntarse quién toma las decisiones, cuáles voces son escuchadas, qué experiencias quedan sistemáticamente al margen y qué supuestos damos por evidentes. Esta revisión no es una amenaza a la fe, sino una expresión de fidelidad al evangelio, que siempre desestabiliza aquello que excluye y deshumaniza.

Este camino no está exento de tensiones. En muchas comunidades conviven personas con convicciones, historias y sensibilidades muy distintas. El desafío pastoral no consiste en forzar consensos artificiales o evitar los conflictos a cualquier precio, sino en crear espacios seguros donde las conversaciones difíciles puedan darse sin miedo, sin humillación y sin violencia espiritual. Discernir juntos y juntas es una forma de cuidado comunitario.

La inclusión, entendida desde la gracia, no es una concesión ni una moda cultural. Es una consecuencia directa de la fe en un Dios que no se relaciona con la humanidad desde el mérito, la normalidad o la perfección, sino desde el amor incondicional. Cuando la iglesia

aprende a mirar desde ese lugar, deja de preguntarse quién “merece” estar y comienza a preguntarse cómo cuidar mejor la vida que compartimos.

#### Preguntas para conversar

1. ¿Quiénes se sienten realmente en casa en nuestras comunidades? ¿Quiénes no?
2. ¿Qué experiencias de inclusión o exclusión han marcado mi relación con la iglesia?
3. ¿Qué prácticas comunitarias podrían ayudarnos a crear espacios más seguros y afirmativos?
4. ¿Cómo discernir juntos y juntas cuando no hay respuestas simples, pero sí vidas en juego?

## Capítulo 6

# Dios llega hasta nosotros

### *Bautismo y Comunión*

En la fe cristiana no todo se comprende solo con palabras. Hay realidades que necesitan ser tocadas, vistas, comidas y compartidas. En la tradición luterana, los sacramentos ocupan ese lugar central: no explican la gracia, la hacen visible y cercana. Son evangelio en forma palpable. Allí donde el agua se derrama y el pan se parte, Dios actúa y se compromete con la vida humana de una manera profunda y concreta.

Los sacramentos no son premios para personas especialmente creyentes ni rituales mágicos que funcionan por sí mismos. Son promesas de Dios unidas a signos sencillos, recibidas en la fe y vividas en comunidad. En ellos, Dios se acerca a la fragilidad humana sin exigir nada a cambio. No se trata de lo que hacemos nosotros, sino de lo que Dios hace por nosotros.

### *El Bautismo: una promesa que nos precede*

El Bautismo es, ante todo, una promesa que llega antes. Antes de que podamos decidir, comprender o demostrar algo, Dios dice “sí”. El Bautismo afirma que nuestra vida está sostenida por la gracia desde el comienzo, no por nuestros méritos, logros o fracasos. En un mundo que constantemente nos mide por lo que hacemos, el Bautismo resiste esa lógica y proclama que el valor de una persona no depende de su desempeño.

Ser bautizado o bautizada no significa convertirse en alguien perfecto ni quedar libre de conflictos. Significa ser nombrado como hijo o hija, como persona amada, incorporada a una historia de fe y a una comunidad concreta. El Bautismo no nos quita de la vida real; nos introduce en ella desde una identidad nueva: no tenemos que ganarnos nuestro lugar, ya lo tenemos.

El Bautismo también nos vincula a otros y otras. Nadie se bautiza a sí mismo. Somos bautizados en comunidad, y esa comunidad asume una responsabilidad compartida: acompañar, cuidar, corregir con amor y sostener la fe a lo largo del tiempo. Por eso, el Bautismo no es solo un acto individual, sino un gesto profundamente comunitario y público.

#### *La Comunión: una mesa que nos renueva*

Si el Bautismo marca el comienzo, la Comunión acompaña el camino. En la Comunión, Cristo se hace presente de manera real y concreta, ofreciéndose en el pan y el vino. No como una idea para ser comprendida, sino como un don para ser recibido. En ese gesto sencillo, Dios sale al encuentro de personas concretas, devuelve la dignidad, sostiene y pone la vida en pie. En esta mesa no se llega por mérito ni por coherencia moral, sino por necesidad.

La mesa de la Comunión es una mesa que iguala. Allí nadie es más digno que otro. Todas las personas recibimos la misma gracia. Pan partido y vino compartido en medio de personas reales, con historias diversas, heridas abiertas y esperanzas frágiles. En un mundo atravesado por la exclusión y la competencia, esta mesa se convierte en un gesto de resistencia evangélica.

La Comunión no es un acto privado ni una experiencia aislada. Es un acontecimiento comunitario que renueva y sostiene a la comunidad. Al compartir el pan y el vino, aprendemos otra lógica: la del don, la del compartir, la de la interdependencia. La Comunión nos recuerda que la fe no se vive en soledad y que la vida cristiana se sostiene en el encuentro.

#### *Sacramentos y vida cotidiana*

Los sacramentos no se agotan en el momento del encuentro. Modelan una manera de estar en el mundo. El Bautismo nos recuerda, en la vida diaria, que nuestra identidad no depende del éxito ni del reconocimiento. La Comunión nos enseña a vivir desde la gratitud, el cuidado y la solidaridad.

Desde los sacramentos somos enviados al mundo. No como personas superiores ni como portadoras de respuestas fáciles, sino como personas sostenidas por la gracia y llamadas a cuidar la vida allí donde estamos. El agua y el pan nos devuelven a la historia con una

sensibilidad distinta: más atentos a la fragilidad, más abiertos al otro, más responsables del mundo que compartimos.

En definitiva, el Bautismo y la Comunión nos recuerdan que la fe cristiana es profundamente encarnada. Dios no se relaciona con nosotros desde lejos ni solo desde las ideas, sino desde signos sencillos que tocan la vida concreta. Allí donde el agua moja, el pan se parte y la comunidad se reúne, la gracia acontece y la esperanza se renueva.

#### Preguntas para conversar

1. ¿Qué significado tiene el Bautismo en mi historia personal o comunitaria?
2. ¿Qué me dice hoy la afirmación de que la gracia me precede, incluso antes de mis decisiones?
3. ¿Cómo experimento la Comunión: como costumbre, como encuentro o como necesidad?
4. ¿Qué gestos de resistencia y cuidado se ensayan cuando compartimos la mesa?
5. ¿De qué manera los sacramentos pueden modelar nuestra vida diaria más allá del encuentro comunitario?

## Capítulo 7

# Celebramos la fe

### *La liturgia como espacio de gracia, memoria y envío*

En la tradición luterana, la liturgia no es un adorno ni un simple orden de culto. Es una expresión concreta de cómo entendemos la iglesia. Allí donde la Palabra es anunciada fielmente y los sacramentos son celebrados según el evangelio, allí hay iglesia. No por la perfección de sus formas ni por la solemnidad del espacio, sino por la acción de Dios que convoca, reúne y envía a su pueblo.

La liturgia es, en ese sentido, teología hecha gesto y palabra. No explica la fe únicamente con conceptos, sino que la pone en movimiento a través de gestos, silencios, cantos, oraciones y acciones compartidas. En la liturgia, la gracia que ya nos ha sido dada se nombra, se celebra y se sostiene en comunidad. Por eso, la manera en que una iglesia celebra dice mucho —a veces más que sus documentos— sobre lo que realmente cree.

La liturgia luterana no comienza con lo que hacemos nosotros, sino con lo que Dios hace. Dios reúne. Dios habla. Dios perdona. Dios se da. La comunidad responde, no para ganar el favor de Dios, sino porque ya ha sido alcanzada por la gracia. Esta lógica protege la liturgia de convertirse en espectáculo, en cumplimiento vacío o en exhibición religiosa. La liturgia no se “consume”; se participa y se vive.

Uno de los momentos más significativos de la liturgia es la confesión y el anuncio del perdón. Lejos de ser un gesto de humillación, este momento expresa una verdad antropológica y espiritual profunda: somos personas frágiles, necesitadas de gracia. Confesar no es recrearse en la culpa, sino liberarse de ella. Escuchar el perdón no es un consuelo superficial, sino una palabra que restaura vínculos y devuelve dignidad. Así, la liturgia se convierte en un espacio de sanación.

La centralidad de la Palabra en la liturgia expresa otra convicción fundamental: Dios sigue hablando. No repetimos textos antiguos por nostalgia, sino porque confiamos en que, al ser proclamados y escuchados en comunidad, esos textos pueden volverse palabra viva para el

presente. La predicación, cuando es fiel al evangelio, no impone respuestas cerradas, sino que abre horizontes, acompaña heridas y despierta responsabilidad.

La mesa compartida completa este movimiento. En la Comunión, la liturgia alcanza su expresión más corporal y comunitaria. Al reunirnos alrededor del pan y del vino, aprendemos una lógica distinta: la del don, la del compartir, la de la interdependencia. No se trata solo de recordar lo que creemos, sino de ejercitarnos en una manera concreta de estar juntos, en igualdad y cuidado mutuo.

La repetición litúrgica —tan cuestionada a veces— no es una rutina vacía. Es memoria que sostiene. Volver una y otra vez a las mismas palabras, gestos y cantos no empobrece la fe; la arraiga. Nos recuerda quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde caminamos, especialmente cuando la vida personal o colectiva se vuelve incierta.

La liturgia también educa el cuerpo y el tiempo. Nos enseña a detenernos en un mundo acelerado, a escuchar en medio del ruido, a compartir en una cultura de consumo y a agradecer cuando todo parece escaso. En ese sentido, la liturgia se convierte en un lugar donde se ensaya otra manera de habitar el mundo.

Pero la liturgia no se agota en el momento celebrativo. Culmina —paradójicamente— en el envío. La comunidad es devuelta a la vida cotidiana marcada por lo que ha celebrado: una vida atravesada por la gracia, atenta al otro, sensible a la fragilidad y comprometida con el cuidado de la vida. La liturgia no nos separa del mundo; nos devuelve a él con una mirada renovada.

En el fondo, la liturgia luterana expresa una comprensión muy concreta de iglesia: una comunidad reunida por la gracia, sostenida por la Palabra, alimentada por los sacramentos y enviada a vivir lo celebrado. No una iglesia perfecta, sino una iglesia real, frágil y confiada. Allí donde la fe se celebra de este modo, la iglesia acontece.

#### Preguntas para conversar

1. ¿Qué experiencias litúrgicas han marcado mi manera de entender la fe y la iglesia?
2. ¿Cómo cambia la liturgia cuando se vive como participación y no como espectáculo?

3. ¿De qué manera la liturgia puede convertirse en un espacio de sanación y resistencia hoy?
4. ¿Qué significa para mí ser enviado o enviada al mundo después de celebrar la fe?

## Capítulo 8

# Vivimos en tensión

### *Una fe que se deja interpelar*

Vivir la fe cristiana en el siglo XXI implica habitar tensiones. No se trata de una anomalía ni de una crisis pasajera, sino de una condición propia de nuestro tiempo. Cambios culturales acelerados, nuevas preguntas éticas, heridas históricas no resueltas y experiencias de sufrimiento colectivo interpelan constantemente a la fe y a la iglesia. En ese contexto, confesar la fe no significa atrincherarse en certezas, sino asumir con honestidad esas tensiones.

Aquí la atención se desplaza hacia la experiencia misma de la fe cuando nuestras certezas son interpeladas y necesitamos volver a discernir qué significa confesar la fe cristiana hoy.

El luteranismo nació, precisamente, en un tiempo de profundas tensiones. No como un intento de simplificarlas, sino como una manera de afrontarlas desde la gracia. Por eso, la tradición luterana no entiende la confesión de fe como una repetición mecánica de fórmulas, sino como un acto vivo, situado y responsable. Confesamos la fe en un tiempo y en un lugar concretos, atravesados por preguntas reales y desafíos específicos.

Ser una iglesia confesante hoy no implica negar las preguntas del presente ni refugiarnos en respuestas del pasado. Implica, más bien, dejarnos interpelar por la realidad a la luz del evangelio. Las confesiones de fe no son un muro que nos protege del mundo, sino una palabra que se pronuncia en medio de él, con responsabilidad, humildad y esperanza. Esa palabra nos orienta en el camino, pero no nos exime de caminar.

No se trata de relativizar todo ni de vivir sin referencias. Significa reconocer que la fidelidad al evangelio requiere discernimiento constante en contextos históricos concretos. La Reforma misma nació en medio de tensiones que no eran solo religiosas, sino también económicas,

sociales, políticas y filosóficas. La fe fue interpelada por la realidad de su tiempo, y respondió desde la gracia.

Hoy, la confesión cristiana vuelve a verse interpelada por procesos que atraviesan profundamente la vida social y política: la corrupción, el debilitamiento de las democracias, el resurgimiento de formas autoritarias y de extrema derecha, el nacionalismo cristiano y la lógica de la posverdad. A ello se suman los desafíos de la tecnología, la fragilidad de los vínculos humanos, el impacto del calentamiento global y las múltiples violencias que atraviesan cuerpos e identidades —racismo, crímenes de odio, homofobia, transfobia y aporofobia—, y que hoy amenazan la vida humana y el equilibrio de nuestro ecosistema.

Estas realidades no pueden ser abordadas con respuestas rápidas ni con fórmulas heredadas sin mediación crítica. Exigen discernimiento, escucha, diálogo y una fe capaz de hacerse cargo de la complejidad del presente. También nos obligan a preguntarnos por la relevancia —o irrelevancia— de la iglesia frente a los dolores, temores y urgencias de nuestro tiempo.

Vivir en tensión no significa refugiarse en la neutralidad ni renunciar a expresar una palabra en el espacio público. La fe cristiana no puede desentenderse del sufrimiento ni esconderse detrás de una prudencia que termina siendo silencio. Discernir no es abstenerse, sino buscar cómo confesar la fe de manera responsable, sin absolutizar nuestras propias posiciones y sin abandonar la defensa de la vida.

En la tradición luterana, esta tarea no se delega exclusivamente a pastores ni queda en manos de una sola voz. Como hemos afirmado a lo largo de este texto, la teología se discierne en la vida de las comunidades. Es allí donde, al acompañar vidas concretas, se descubre qué está en juego cuando se confiesa la fe. Allí donde la fe se encuentra con la fragilidad humana, con el dolor real y con la esperanza concreta, la teología deja de ser abstracta y se vuelve encarnada.

Una fe que se deja interpelar no es una fe débil. Es una fe valiente. Valiente para reconocer errores, para revisar prácticas dañinas, para pedir perdón cuando ha sido necesario y para cambiar de rumbo cuando la vida lo exige. Esta valentía no nace de la autosuficiencia, sino de la confianza en la gracia de Dios, que nos sostiene incluso cuando nuestras seguridades tambalean.

Este camino también nos libra de dos tentaciones frecuentes. Por un lado, la de una fe rígida que confunde fidelidad con rigidez y no tolera preguntas. Por otro, la de un cinismo religioso que renuncia a la búsqueda de sentido y se conforma con una fe sin compromiso. Entre ambos extremos, el luteranismo propone una fe que discierne, que dialoga y que permanece abierta a la transformación.

Confesar la fe en tiempos de tensión es, en definitiva, un acto comunitario de esperanza. No porque tengamos todas las respuestas, sino porque confiamos en un Dios que sigue acompañando la historia humana, que no se retira ante la complejidad y que se hace presente en medio de ella. Un Dios que no exige perfección, sino honestidad, cuidado y compromiso con la vida.

#### Preguntas para conversar

1. ¿Qué tensiones del presente interpelan hoy mi manera de vivir la fe?
2. ¿Qué significa confesar la fe sin cerrar las preguntas ni renunciar a la búsqueda?
3. ¿Cómo puede la comunidad ayudarnos a discernir con mayor honestidad y cuidado en medio de esas tensiones?
4. ¿Qué prácticas concretas pueden sostener una fe viva en tiempos de incertidumbre?

## Capítulo 9

# Sostenidos por la ternura

### *Acompañar la vida herida*

El sufrimiento humano ha sido, muchas veces, terreno fértil para discursos religiosos que buscan explicarlo, justificarlo o incluso aprovecharlo. Sin embargo, la fe cristiana no nace para domesticar el dolor ni para convertir la fragilidad en oportunidad de proselitismo. Nace, más bien, para acompañar la vida cuando duele. En la tradición luterana, la respuesta al sufrimiento no comienza con explicaciones ni con exhortaciones piadosas, sino con presencia, escucha y cuidado. Allí donde las palabras sobran y las fuerzas faltan, la fe se expresa como ternura que sostiene.

La fe cristiana no ofrece una mirada distante sobre el sufrimiento, como si Dios lo observara desde una posición segura. Confiesa, más bien, a un Dios que se acerca, que se expone y que comparte la vulnerabilidad humana. En Jesús, Dios no responde al dolor con explicaciones, sino con presencia; no lo justifica, lo habita. Por eso, cuando la vida se quiebra, la fe no promete soluciones rápidas ni alivios inmediatos, pero sí afirma algo decisivo: no estamos solos. En medio del sufrimiento, Dios se hace cercano de una manera discreta y fiel, sosteniendo la vida con una ternura que no abandona.

En este punto, la fe cristiana se distancia con claridad de toda espiritualidad que busca elevarse por encima del sufrimiento o darle un sentido inmediato. La tradición luterana ha llamado a esa tentación “teología de la gloria”: una manera de hablar de Dios que evita la fragilidad, que busca respuestas donde solo hay heridas y que pretende consolar desde la distancia. Frente a ello, la fe que brota de la cruz reconoce que Dios no se revela en la fuerza, el éxito o las explicaciones convincentes, sino en la debilidad compartida y en la presencia fiel. Acompañar desde la cruz no es resolver el dolor, sino permanecer en él sin huir, confiando en que allí también Dios está actuando, de un modo discreto y profundamente humano.

El acompañamiento en el sufrimiento no es tarea de héroes ni responsabilidad exclusiva de pastores, sino una tarea que se aprende y se ejerce en comunidad. Es una práctica comunitaria, cotidiana y compartida. La fe se hace carne cuando una comunidad aprende a estar presente, a escuchar sin apurar respuestas, a sostener sin invadir. Muchas veces, acompañar no significa saber qué decir, sino saber estar; no ofrecer soluciones, sino ofrecer tiempo, silencio y cuidado. En esa cercanía sencilla, la ternura se vuelve una forma concreta de fe vivida en común.

No toda expresión religiosa ayuda cuando alguien sufre. A veces, las frases bien intencionadas se convierten en cargas innecesarias. Explicaciones apresuradas, llamados a “tener fe” o intentos de encontrar sentido inmediato al dolor pueden socavar aún más la vida vulnerable. La fe que acompaña con ternura aprende a discernir cuándo hablar y cuándo callar, cuándo ofrecer una palabra que acompañe sin invadir y cuándo simplemente escuchar. Cuidar el lenguaje es una forma de cuidado pastoral: implica resistir la tentación de decir algo a cualquier precio y asumir, con humildad, que el silencio compartido puede ser también una expresión profunda de la fe.

Acompañar el sufrimiento no elimina el dolor ni lo vuelve comprensible. Pero puede impedir que se viva en soledad. Cuando la fe se expresa como ternura compartida, la vida herida encuentra un espacio donde seguir respirando, aun en medio de la fragilidad. No siempre hay respuestas, ni finales claros, ni palabras suficientes. Hay, sin embargo, una presencia que sostiene, una comunidad que cuida y una esperanza discreta que no niega el dolor, pero se niega a abandonarlo. En esa fidelidad silenciosa, la fe se vuelve compañía real y presencia que sostiene.

#### Preguntas para conversar

1. ¿En qué momentos he sentido que el dolor fue explicado o espiritualizado en lugar de ser acompañado?
2. ¿Qué gestos, palabras o silencios me han ayudado realmente cuando he atravesado una experiencia de sufrimiento?
3. ¿Cómo puede una comunidad cristiana aprender a acompañar con mayor ternura, sin apurar procesos ni ofrecer respuestas que hieran?

4. ¿Qué significa para mí tener una fe que no elimina el dolor, pero se niega a abandonarlo?

## Capítulo 10

# Confiamos nuestra vida a Dios

### *La vida en manos de Dios*

Hay momentos en la vida en los que las preguntas sobre el futuro dejan de ser teóricas. La muerte de un ser querido, una enfermedad grave, el desgaste del cuerpo o la cercanía del propio final nos colocan frente a una realidad que no se puede evitar. En esos momentos, no buscamos explicaciones sofisticadas ni respuestas que pretendan explicarlo todo. Buscamos consuelo, sentido y una palabra que no nos abandone.

La fe cristiana no niega la muerte ni la disfraza. La nombra con honestidad. La muerte duele, separa, rompe vínculos y deja silencios difíciles de llenar. El luteranismo no ofrece atajos espirituales para evitar ese dolor. No promete que todo será fácil ni que el sufrimiento tiene siempre una explicación. Lo que anuncia es algo distinto y profundamente sencillo: la muerte no tiene la última palabra.

Nuestra esperanza no se apoya en descripciones detalladas del “más allá”, ni en mapas del futuro, ni en certezas sobre cómo serán las cosas después de esta vida. Se apoya en una promesa. Una promesa que no nace de nuestra imaginación, sino de la resurrección de Jesús. En Cristo, Dios ha dicho un “sí” definitivo a la vida, incluso allí donde todo parece terminado.

Por eso, cuando hablamos de esperanza cristiana, no hablamos de control sobre el futuro, sino de confianza. Confiamos en que nuestra vida —entera, con sus luces y sus sombras— está en manos de Dios. Confiamos en que los seres amados que hemos perdido siguen en manos de Dios y descansan en el abrazo grande de su misericordia. No sabemos cómo será el futuro, pero confiamos en la fidelidad de Dios.

Esta esperanza no elimina el duelo ni apresura los procesos. Llorar es parte del amor. Extrañar es parte del vínculo. La fe no nos exige “superar” la pérdida rápidamente ni ocultar el dolor. Al

contrario, nos permite atravesarlo sin desesperación, sabiendo que el amor que hemos compartido no es inútil ni definitivo en su ruptura.

En la tradición luterana, la esperanza cristiana no se expresa como huida de este mundo, sino como afirmación de la vida. No creemos en la inmortalidad del alma como evasión del cuerpo y de la historia, sino en la resurrección, es decir, en la fidelidad de Dios a la vida encarnada y amada. Eso nos permite disfrutar y cuidar esta vida con más ternura.

Para quienes se sienten cerca del momento de partir, esta esperanza no se presenta como amenaza ni como examen final. Se presenta como descanso. Descanso en un Dios que no mide méritos, que no exige exámenes, que no nos abandona en el último tramo del camino. La fe cristiana puede decir, con humildad y confianza: “En tus manos, Dios de la vida, nos encomendamos”.

Vivir desde esta esperanza no nos aleja del presente; nos reconcilia con él. Nos anima a amar mejor, a perdonar cuando todavía hay tiempo, a cuidar los vínculos y a vivir con gratitud. La esperanza cristiana no nos distrae de la vida; la vuelve más preciosa.

En definitiva, no sabemos cómo será el futuro. Pero sabemos que no estamos solos, ni en la vida ni en la muerte. Sabemos que Dios es fiel. Y esa confianza, sencilla y profunda, es suficiente para vivir, para despedirnos, para llorar y para esperar.

Preguntas para conversar (o para guardar en silencio)

1. ¿Qué preguntas o temores me despierta hoy la muerte, propia o ajena?
2. ¿Qué personas queridas confío al cuidado de Dios?
3. ¿Qué significa para mí vivir desde la confianza y no desde el control del futuro?
4. ¿Cómo cambia mi manera de vivir hoy saber que mi vida está en manos de Dios?

## Creer hoy en este mundo

Este texto no ha buscado ofrecer respuestas definitivas ni presentar un sistema cerrado de creencias. Ha querido, más bien, abrir una conversación: nombrar una manera de vivir la fe cristiana desde la gracia, en comunidad, con responsabilidad y con honestidad frente a las tensiones de nuestro tiempo.

El luteranismo, tal como lo hemos recorrido en estas páginas, no es una identidad que se defiende ni un conjunto de ideas que se imponen. Es una tradición viva que apunta a Dios sin pretender poseerlo, que confía en la gracia más que en los méritos, y que se atreve a discernir la fe allí donde la vida acontece: en lo cotidiano, en lo comunitario y en lo público.

Creer desde la gracia no nos aparta del mundo; nos compromete con él. Nos libera del miedo para poder cuidar, del afán de justificarlo todo para poder escuchar, y de la rigidez para poder acompañar. Vivir la fe en comunidad nos recuerda que nadie camina solo y que la fe se sostiene mejor cuando es compartida, escuchada y cuidada entre otros y otras.

En un mundo marcado por la fragmentación, la desigualdad y el cansancio colectivo, la iglesia está llamada a ser un espacio de resistencia y de esperanza. No como refugio que huye de la realidad, sino como comunidad que se queda, que acompaña y que ensaya otras maneras de vivir. Allí donde se cuidan los vínculos, se nombran las injusticias y se apuesta por la dignidad humana, el evangelio se hace visible.

La fe cristiana no se agota en un texto ni en una tradición particular. Se hace visible en el encuentro, en la palabra compartida y en prácticas concretas de cuidado que sostienen la vida.

La invitación queda abierta: seguir caminando juntos y juntas, con una fe que confía más en la gracia que en las certezas, más en la comunidad que en el aislamiento, y más en la vida plena que en el miedo. No como quienes ya han llegado a una meta, sino como quienes siguen aprendiendo a vivir sostenidos por la gracia.



*Luteranismo en 10 frases* es una invitación a vivir la fe cristiana desde la gracia, en comunidad y en diálogo honesto con la vida concreta. A través de diez afirmaciones breves, este libro propone un recorrido sencillo que busca abrir conversaciones, acompañar procesos de fe y ofrecer claves para el discernimiento personal y comunitario.

El luteranismo no se presenta como una identidad cerrada ni como una herencia del pasado, sino como una tradición viva que confía más en la gracia que en los méritos, que toma en serio las preguntas y que se atreve a confesar la fe cristiana en tiempos de tensión.

No es un texto **sobre** el luteranismo, sino **desde** el luteranismo:  
desde una fe encarnada, honesta y atenta a la vida real.

